

www.elboomeran.com

Amélie Nothomb

Barba Azul

Traducción de Sergi Pàmies



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:

Barbe bleue

© Éditions Albin Michel

París, 2012

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A

Ilustración: foto de Pablo Zamora / S Moda © Ediciones Conelpa.

Estilismo: Francesca Rinciari

Primera edición: febrero 2014

© De la traducción, Sergi Pàmies, 2014

© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2014

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7884-4

Depósito Legal: B. 82-2014

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

Cuando Saturnine llegó al lugar de la cita, le sorprendió que hubiera tanta gente. Sospechaba que no sería la única candidata, desde luego; pero de ahí a ser recibida en una sala de espera en la que la precedían quince personas, iba un trecho.

«Demasiado bonito para ser verdad», pensó. «Nunca conseguiré que me elijan como coinquilina.» No obstante, como se había tomado libre toda la mañana, decidió esperar. Aquel magnífico lugar la invitaba a hacerlo. Era la primera vez que entraba en un palacete del distrito séptimo de París y no daba crédito al lujo, la altura de los techos y el sereno esplendor de lo que apenas constituía una antesala.

El anuncio especificaba: «Habitación de 40 m² con cuarto de baño, libre acceso a una cocina amplia y equipada», por un alquiler de 500 euros. Debía de tratarse de un error. En todo el tiempo que llevaba buscando alojamiento en París, Saturnine

había visitado tugurios infectos de 25 m² sin siquiera baño por 1.000 euros al mes, que encontraban arrendatario. ¿Qué clase de embrollo escondía aquella milagrosa oferta?

A continuación se fijó en los otros aspirantes y se dio cuenta de que sólo había candidatas. Se preguntó si el coinquilinato era un fenómeno femenino. Todas aquellas mujeres parecían angustiadas y Saturnine las comprendía: ella también ansiaba quedarse con la habitación. Sin embargo, ¿por qué iban a elegirla a ella en lugar de a aquella dama de aspecto tan respetable o de esa mujer de negocios de impávido moldeado?

La mujer que estaba a su lado, que la estaba observando, respondió a su pregunta:

–Será para usted.

–¿Perdone?

–Es la más joven y la más guapa. La habitación será para usted.

Saturnine frunció el ceño.

–Esa expresión no le favorece –prosiguió la desconocida–. Cuando entre en el despacho, procure mostrarse más relajada.

–Déjeme en paz.

–No se enfade. ¿Acaso no conoce la reputación del propietario de este lugar?

–No.

La mujer se calló y adoptó una expresión misteriosa, aguardando a que Saturnine le mendigara más

información. Saturnine se limitó a esperar, sabiendo que acabaría hablando de todos modos. Tal que así:

–No somos las primeras en presentarnos. Ocho mujeres ya consiguieron este coinquilinato. Todas han desaparecido.

–Puede que la habitación no les gustara.

–No lo ha entendido. No tuvieron oportunidad de manifestarse al respecto: nunca más se supo de ellas.

–¿Muertas?

–No. La muerte no es una desaparición.

La mujer parecía satisfecha por el efecto de sus palabras.

–¿Entonces por qué vienen? –preguntó Saturnine–. ¿Usted también desea desaparecer?

–No creo que me elijan. Pero es el único modo de conocer al propietario.

Saturnine evitó hacer la pregunta esperada; aquella cotilla la tenía harta, y seguía:

–Don Elemirio nunca sale de su casa. No hay fotografías ni retratos de él. Quiero saber cómo es. Son tantas las mujeres que se han enamorado locamente de este hombre.

Saturnine empezó a sentir deseos de esfumarse. Le horrorizaban los seductores. Por desgracia, estaba hasta la coronilla de buscar apartamento. La simple idea de tener que regresar de noche a Marne-la-Vallée, a casa de su amiga Corinne, le producía náuseas. Corinne trabajaba en Eurodisney y se sentía la

mar de feliz compartiendo su apartamento de dos habitaciones con la joven belga, sin sospechar que ésta se sentía al borde de la asfixia cuando dormía en aquel sofá que apestaba a cigarrillos viejos.

—¿El anuncio especificaba el sexo? —preguntó Saturnine—. Aquí sólo hay mujeres.

—El anuncio no especificaba nada. Aparte de usted, todo el mundo está al corriente. ¿Es extranjera?

La joven no quiso decirle la verdad. Estaba harta de la sempiterna reacción («¡Oh! Tengo un amigo belga que...»): ella no era una amiga belga, era belga y no deseaba ser la amiga de nadie. Respondió:

—Soy kazaka.

—¿Perdone?

—Vengo de Kazajistán. Ya sabe, los cosacos, los guerreros más feroces del mundo. En cuanto nos aburrimos, nos ponemos a matar.

La mujer no volvió a abrir la boca.

Saturnine tuvo tiempo para pensar. ¿De qué iba a tener miedo? No era de las que se enamoran, y mucho menos de un mujeriego. La historia de las desapariciones le pareció confusa. Y, además, desaparecer resultaba menos espeluznante que regresar a Marne-la-Vallée.

Observó a las quince candidatas. Se notaba que ninguna necesitaba aquella habitación: se trataba de mujeres de barrio bien que sólo habían acudido movidas por la curiosidad que les producía aquel tipo de apellido noble e hispano. Este último deta-

lle sacó a Saturnine de sus casillas: no soportaba la atracción que los franceses manifestaban por la aristocracia.

«Cálmate», pensó. «No te preocupes por esas ridículas habladurías. Has venido por el apartamento, y punto.»